

encuentros

Documentos sobre desarrollo y cultura Laboratorio de Investigación e Innovación en Cultura y Desarrollo (L+iD)

Vol. 2, N°11-agosto de 2017

Gente de La Loma: re–enunciación literaria de experiencias de marginalidad urbana en Lo Amador (Cartagena de Indias, Colombia)

Joy Helena González Güeto *
gelenagonzalez@gmail.com

* El siguiente documento es una versión compendiada del trabajo de grado para optar por el título de magíster en Desarrollo y Cultura “Gente de La Loma: re–enunciación literaria de experiencias de marginalidad urbana en una zona de alto riesgo por deslizamientos en Cartagena, Caso Lo Amador”, el primero aprobado en la modalidad de trabajo de creación. Por recomendación de sus evaluadores se publica en la serie *Encuentros*. El trabajo de creación combina actividades de creación con las de investigación, siendo usados metodologías y materiales por las distintas disciplinas artísticas. La autora es poeta, narradora, lingüista y literata, magíster en Desarrollo y Cultura de la Universidad Tecnológica de Bolívar. Actualmente es docente del programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Jorge Tadeo Lozano –Seccional Caribe. Las ilustraciones son de autoría de la diseñadora Estefany Escallón; e-mail: estefanyescallon@gmail.com.

La serie de documentos de trabajo **encuentros** es una publicación del Laboratorio de Investigación e Innovación en Cultura y Desarrollo (L+iD) y del Instituto de Estudios para el Desarrollo (iDe) de la Universidad Tecnológica de Bolívar (UTB) que tiene por objeto contribuir a la reflexión sobre las múltiples relaciones entre desarrollo y cultura, integrando los resultados de los esfuerzos investigativos y de reflexión que enriquecen la comprensión sobre cómo aporta la cultura a los procesos de desarrollo y bienestar de las sociedades actuales.

ISSN

2539-3502

Rector UTB

Jaime Bernal Villegas

Vicerrector Académico

Haroldo Calvo Stevenson

Editor

Aarón Espinosa Espinosa
aespinosa@unitecnologica.edu.co

Asesor editorial

Augusto Otero Herazo
augusto.otero@gmail.com

Diseño

Rubén Egea Amador
rube.egea@gmail.com

Comité editorial

Gemma Carbó Ribugent (Universitat de Girona, España)
Daniel Toro González y Juan Camilo Oliveros (Universidad Tecnológica de Bolívar, Colombia)
Germán Rey Beltrán y Luis Fernando Aguado (Pontificia Universidad Javeriana, Colombia)
Alessandro Mancuso (Universidad de Palermo, Italia)
Elisabetta Lazzaro (University of the Arts Utrecht, Holanda)

Laboratorio de Investigación e Innovación en Cultura y Desarrollo, L+iD[®]

Nodo Cartagena
Campus Casa Lemaitre
Carrera 21 #25-92, barrio Manga
Cartagena de Indias, Colombia

Resumen: El objetivo del presente trabajo es re-enunciar los relatos de experiencias de marginalidad urbana en las zonas de alto riesgo de la ciudad de Cartagena, combinando técnicas participativas y tradicionales de creación literaria, para poner la situación en la escena pública y dar voz política a los moradores. La investigación-creación recoge los relatos de la experiencia de marginalidad de los habitantes de la parte alta del barrio Lo Amador, más específicamente la zona de la calle San Fernando, conocida como La Loma. El foco de atención es el papel que juega el riesgo ambiental en la configuración de dicha experiencia de marginalidad, y los mecanismos colectivos e individuales para la agencia de bienestar. Se plantea de esta forma, debido a que se considera necesaria la apelación al relato como el objeto de aproximación a la realidad en las ciencias sociales, que posibilita el análisis de los niveles reales y complejos de desarrollo local en los asentamientos urbanos. A nivel metodológico es un ejercicio de corte cualitativo que basa su realización en entrevistas abiertas, talleres de memoria y creación literaria. Así pues, los relatos serán entendidos como escenarios de dignificación en que los habitantes de la zona podrán poner en escena el pasado, actualizándolo en el presente y posibilitando imaginarios colectivos sobre el futuro.

Palabras claves: marginalidad, creación, riesgo ambiental, re-enunciación, relato, memoria, desarrollo, cultura.

Líneas de Investigación del L+iD: Arte, desarrollo y cultura.

Abstract: This research gathers the story of the marginality's experience from the habitants of the upper part of the Lo Amador neighborhood, more specifically, the area of San Fernando street known as La Loma. La Loma is a residential area of self-produced housing. The focus of this paper is the role played by environmental risk in shaping this experience of marginality, and the collective and individual mechanisms which constitute the welfare agency. It arises in this way, because it is considered necessary the appeal to the story as the object of approximation to reality in the social sciences, which makes possible to analyze the real and complex levels of local development in urban settlements. At the methodological level, it is an exercise of qualitative nature that bases its realization on open interviews, workshops of memory and literary creation. Thus, the stories will be understood as scenarios of dignification in which the inhabitants of the area will be able to stage the past, updating it in the present and making possible the configuration of collective imaginaries about the future. Said all this, the central objective of this proposal is to re-enunciate the stories of experiences of urban marginality in the high-risk areas of the city of Cartagena, combining participatory and traditional techniques of literary creation, to put the situation on the public stage and give political voice to the residents.

Keywords: marginality, creation, environmental risk, re-enunciation, story, memory, development, culture.

La investigación

1. Introducción

Esta investigación-creación comprende una interpretación simbólica, desde lo literario, de la experiencia de marginalidad urbana en una comunidad de Cartagena, teniendo en cuenta que, como asegura la antropóloga colombiana María Victoria Uribe, el arte es necesariamente un esfuerzo consciente por “reinstalar el sufrimiento de otros en la esfera pública” (1999, p. 284). Por sufrimiento, entenderemos entonces, las experiencias impuestas políticamente que disminuyen el nivel de bienestar de una población: precarización, diría Butler (2017). Teniendo en cuenta lo anterior, en esta se recogieron los relatos de la experiencia de marginalidad de los habitantes de la parte alta del barrio Lo Amador en Cartagena, más específicamente de la zona conocida como La Loma, y se re-enunciaron literariamente, considerando como su foco de atención el papel jugado por el riesgo ambiental por deslizamientos de tierra en la configuración de dicha experiencia.

El arte permite aludir a hechos, comportamientos y representaciones sobre los cuales es necesario hacer conciencia para detener el círculo irreflexivo que impide la concepción de estrategias de cambio social y desarrollo local. De hecho, siguiendo a Olaya Gualteros y Simbaqueba, este proyecto intenta “[...] a través de la obra activar mecanismos proyectivos, los cuales permiten a los sujetos reflejarse en lo otro, generando cuestionamientos éticos desde lo estético, visibilizando el fenómeno y sus campos de significación” (2012, p. 119)

Estos autores aseguran que

La forma en que algunas obras re-significan, recuperan e incorporan el pasado, permite la elaboración de espacios políticos desde varios vértices. Uno de ellos tiene que ver con lo que ellas, las obras estéticas, agencian. La posibilidad de las obras de arte al instalarse como acontecimientos y no solamente como referencia las configura como espacios políticos, si entendemos la obra como una forma de pensamiento y de conocimiento... (p. 121)

Partimos entonces de la certeza de que el resultado creativo aquí propuesto posibilitará la reconstrucción de memorias, edificando sus sentidos y, por ende, constituyéndose como espacio de lo político. Estos relatos son un constructo simbólico que intenta dirigirse al otro y tocar sus percepciones, estimulándolas; además de actuar como objeto de memoria, en la medida en que logra más que representar el pasado, “incorporarlo performativamente” (Jelin, 2001; p.37). Es pues

momento de permitir, por varias vías, que las personas puedan contar sus experiencias vitales de marginalidad urbana y riesgo ambiental, para poner en escena pública su situación, generar reflexión, empatía (no estigmatización) y concretar un primer movimiento hacia la construcción de estrategias formales de desarrollo local.

Se plantea de esta forma, porque se considera necesaria la apelación al relato como el objeto de aproximación a la realidad en las ciencias sociales, que posibilita el análisis de los niveles reales y complejos de desarrollo local en los asentamientos urbanos. Este ejercicio de memoria colectiva y creación nos permitirá volver la mirada sobre las vidas reales de las personas y los esfuerzos de las comunidades por sostenerse cotidianamente y conseguir mejores condiciones de vida. Así pues, los relatos serán entendidos como escenarios de dignificación en que los habitantes de la zona podrán poner de relieve el pasado, actualizándolo en el presente y posibilitando imaginarios colectivos sobre el futuro (Selbin, 2012).

Luego de visitar, entrevistar y encuestar a los pobladores de La Loma acerca de las memorias que individualmente conservan y construyen de los tiempos de lluvia y la tensión que existe entre estas memorias y su relación con el espacio que habitan, las preguntas fundamentales que surgieron fueron: ¿cómo logran cotidianamente agenciar bienestar, desarrollo y cohesión social en las condiciones ambientales, socioeconómicas y de olvido estatal en las que están ubicadas sus viviendas?

2. Correlación Instituciones-generación de marginalidad

Las aproximaciones a la categoría marginalidad pueden realizarse a la luz de sus dos perspectivas principales, cada una de las cuales está relacionada con dos de las grandes teorías sociales latinoamericanas de los 50' y 60': las teorías de la modernización y la teoría de la dependencia. En primer lugar, las teorías de la modernización asumen la marginalidad desde una vertiente cultural en la que prevalece una visión dualista de la realidad de las ciudades latinoamericanas. Desde esta perspectiva se considera que en las sociedades “subdesarrolladas” existen dos polos opuestos “compartiendo” el espacio urbano: un sector moderno/central/desarrollado y un sector tradicional/periférico/marginal.

Es así como la marginalidad, desde este punto de vista, es un estado transitorio hasta alcanzar la inserción de toda la población al sector moderno. Entonces, las diferencias básicas entre los individuos de un sector y otro radicarían en valores sociales básicos que marcan el derrotero entre el camino de la modernización y el desarrollo, en contraposición con los que vaticinan el camino de la pobreza.

Como respuesta a estas aproximaciones, nace la teoría de la dependencia que asume la categoría marginalidad desde una vertiente económica/estructural (Delfino, 2012). Desde este punto de vista las desigualdades sociales en América Latina responden a su condición de sociedades dependientes y no se resolverán con la implementación de estrategias de desarrollo técnico encaminadas al crecimiento económico, sino con un cambio estructural de sus sistemas económicos, rompiendo con la burguesía nacional y con el imperialismo mundial. Así entendidas las cosas, los marginados eran considerados potenciales agentes de cambio.

Ahora bien, la marginalidad, desde la vertiente económica estructural, es un producto fundamental de los procesos de acumulación capitalista y responde a la incapacidad de las sociedades industrializadas –o en procesos de modernización– de absorber a toda la población excedente. Nace, entonces, el concepto de masa marginal propuesto por el politólogo argentino José Nun (1999), el primero en diferenciar en el plano conceptual las nociones de Superpoblación relativa o Ejército Industrial de Reserva y Masa Marginal. De esta manera, la Superpoblación relativa hace referencia a un sector de la población que no está en el régimen asalariado, pero que ejerce presión sobre los salarios de los empleados y se constituyen en una reserva en caso de que la demanda de fuerza de trabajo aumente; mientras que la masa marginal no establece una relación funcional con el sistema,

por lo que es innecesaria para los sectores hegemónicos. Podrían entonces considerarse a la masa marginal como los desechos humanos del sistema económico de acumulación de capital.

Luego de la revisión anterior, cabe aclarar que esta investigación entiende – apoyándose en los aportes de Amartya Sen acerca de la noción de desarrollo – que el crecimiento desigual de las ciudades latinoamericanas genera diversos tipos de marginalidad, entendida esta última como un experiencia de exclusión, inserción parcial o falta de participación de algunos grupos sociales o individuos, en esferas y procesos (vivienda, educación, salud, agua, derechos civiles, seguridad, etc.) que deberían estar garantizados a todos los ciudadanos, quedando entonces algunos grupos sociales en una situación de vulnerabilidad de derechos.

No se comparte la visión dual de la marginalidad que obliga a una lectura simplista de los espacios urbanos, entendiéndose como escenarios en pugna por parte de un centro y una periferia, sino que se piensa la marginalidad como una categoría de análisis compleja y multivariada que facilita el entendimiento de las aristas y especificidades de cada experiencia de segregación o inserción social parcial, en la que tanto condiciones geográficas y ambientales, como sociales y políticas inciden en la calidad de vida de los sectores segregados.

llamaremos marginal a una persona excluida de los mercados inmobiliarios y laborales formales, y que por ende vive en barrios que facilitan el acceso a terrenos fuera de las negociaciones inmobiliarias clásicas, la mayor parte del tiempo en zonas no urbanizables, escarpadas, rocosas o desérticas, sin infraestructura previa, y donde predominan actividades económicas sin (o con escasa) regulación estatal. (Doré, 2008; p.84)

Lo anterior explica que la población que vive en zonas marginadas tiene un acceso nulo o parcial a los servicios públicos, en condiciones de precarización institucional. Pero la categoría no solamente permite abarcar estas realidades materiales de vida, sino que también comprende la participación en la toma de decisiones en la comunidad local o en la ciudad misma. De esta forma, hablaremos de marginalización al nombrar el proceso simbólico y material a través del cual las comunidades son despojadas de sus derechos con el guiño de las instituciones gubernamentales, provocando no sólo condiciones materiales de vida precaria, sino representaciones públicas discriminatorias.

3. Metodología de recolección de relatos: el problema del proceso

Los relatos de los pobladores fueron recogidos en un proceso que comprendió 7 fases:

Fase 1. *Exploración*, que constó de una encuesta de percepción de pobreza y seguridad socio-ambiental;

Fase 2. *Taller colectivo de memoria con adultos jóvenes: antes, durante y después de la crisis*, en el cual se recogieron narraciones orales testimoniales sobre el pasado para rastrear la conexión simbólica con el espacio, se construyó colectivamente una matriz de cambios de actividades y tradiciones de cohesión social y se realizó un taller de escritura creativa en el que los participantes escribieron microrrelatos de recuerdos de la infancia en La Loma;

Fase 3. *Talleres de Memoria en Familia: croquis espacial subjetivo*, en los que se tomó como préstamo la noción arquitectónica ‘croquis’ para nombrar la forma cómo los miembros de la comunidad perciben y utilizan el espacio que habitan, a través de una representación pictórica de su propia casa antes de la crisis y en la actualidad;

Fase 4. *Entrevistas semiestructuradas: relatos orales individuales*, en las que se documentaron las narrativas individuales durante la crisis invernal de 2010–2011 e identificaron las percepciones individuales de riesgo y bienestar en la zona, además del significado simbólico de La Loma;

Fase 5. *Entrevista abierta a iniciativa de desarrollo local*, en la que se realizó una entrevista a profundidad cuyo propósito fue documentar el proceso más reciente de agencia ciudadana que han hecho presencia en la zona, la Fundación KOINONIA. A la recolección de los relatos originales, siguió la re-enunciación de los mismos.

Los relatos fueron re-enunciados por la autora de esta investigación y revisados por la comunidad. Del mismo modo, la comunidad aprobó las ilustraciones propuestas por la profesora Estefany Escallón, de las cuales aquí se encuentran incluidas algunas.

Ahora bien, la trampa de todo proceso de investigación creación es la siguiente: el sostenimiento de la fábula de linealidad atribuida a la investigación –no teóricamente– sino performativamente desde los formatos de registro que se validan en el campo académico. ¿Cómo registrar los relatos recolectados antes de re-enunciarlos creativamente? La preocupación parte de la tradición de las

Ciencias Sociales en el tratamiento de los relatos como objeto de estudio. Desde esta tradición, estos son primero documentados, descritos, interpretados y, seguidamente, teorizados. Podría decirse que en la creación literaria que parte de relatos recolectados con herramientas de las Ciencias Sociales no hay un ordenamiento lineal de esas fases sino una confluencia; pero decirlo sería reconocer que la teorización y la re-enunciación creativa de relatos se encuentran en el mismo plano, cosa que no es cierta teniendo en cuenta la jerarquización existente entre ambos en el plano académico (circulación, validación, financiación). La creación es un proceso interpretativo en sí mismo y sería incoherente con esta propuesta metodológica y estética diseccionar los relatos originales como pre-requisito para re-enunciarlos creativamente. Los relatos producto de la re-enunciación de las experiencias de marginalidad que las personas de la comunidad cuentan (los relatos de los relatos), son autónomos para presentar críticamente la posición ética aquí defendida sin tener que recurrir a soportes analíticos externos.

3.1. Pre- texto final:

3.1.1. *Contar* como acción política hacia al cambio

El proceso de re-enunciación de los relatos, cuyo resultado sigue a continuación, posibilitó un punto de convergencia entre diversas disciplinas (lingüística, literatura, estudios culturales y estudios sociológicos del desarrollo), cuyo ensamblaje –necesariamente caótico– delineó la tensión entre las experiencias de marginalidad y los lugares de poder discursivo y estatal. Todo esto generó una brevísima serie de certezas y una considerable cantidad de preguntas.

Empezaremos con las certezas para, si se quiere, insinuar con las preguntas finales las múltiples complicaciones teóricas y metodológicas que pudieran dar como resultado nuevos ejercicios creativos e investigativos:

Las comunidades asentadas en zonas de alto riesgo por deslizamientos de tierra debido a la lluvia, construyen estrategias de sostenimiento de la vida cotidiana al margen de las disposiciones estatales. Dichas estrategias permiten la adquisición individual y colectiva de sólidos vínculos con el espacio habitado, traducándose en elementos de una resistencia colectiva que, por implícita, no puede ser soslayada. Son esos elementos los que permiten hablar de agencia local, pero también de cohesión social y prácticas solidarias de cohabitación de los espacios urbanos.

Por su parte, el relato, en la multiplicidad de opciones que ofrece su tratamiento, posibilita el análisis de los niveles reales y complejos de desarrollo local en los asentamientos urbanos. Sin embargo, los procesos simbólicos – con consciencia ética del lugar y los efectos políticos de la enunciación desde la literatura, por ejemplo– de enunciación de relatos al margen, deben estar acompañados de procesos institucionales, movimientos sociales y agencia comunitaria, si se quieren motivar cambios materiales contundentes que modifiquen los niveles de bienestar de la población. Los procesos artísticos, simbólico-reflexivos sólo pueden llevar a feliz término su ejecución si se traducen –o acompañan– las luchas permanentes por los cambios materiales y la modificación de los imaginarios comunes. No se dice que es letra muerta, pero no puede ser tomado como el fin de su apuesta política.

Por otro lado, las metodologías para la creación literaria desde la investigación social, ayudan a la construcción de los procesos de sistematización de insumos, pero no deben determinar la calidad de los relatos, ni la linealidad de la creación en sí misma. Como proceso de diálogo permanente, la creación literaria escapa de los márgenes de la formación metafórica del tiempo lineal y se configura sobre la base de retrocesos, superposiciones y borraduras; incompletud y circularidad.

Ahora bien, a niveles metodológicos, este ejercicio de corte cualitativo generó algunas provocaciones. En primer lugar, está la idea de miedo a los espejos, puesta de relieve por la poeta argentina Alejandra Pizarnik y que ahora asiste la tarea de ponerle palabras al laberinto. *El miedo de ser dos/ camino del espejo:/alguien en mí dormido/ me come y me bebe.* (Árbol de Diana, 1962). El riesgo de la investigación–creación: la pretensión de un desdoblamiento difícil que quizá resulte en que una de las dos que me habita camino de este espejo, devore a la otra; o, dicho de otro modo, la validación de jerarquizaciones clásicas entre dos lenguajes distintos, en vez antes de traerlos a la misma posición.

¿No es acaso la investigación–creación un esfuerzo de validación científica de lo que es en sí mismo un acto generador de nuevas formas de ver y estar en el mundo? ¿No se parte, llevándolo a cabo, de una premisa de incapacidad en la literatura para sostenerse a sí misma?

De otra parte, podemos nombrar el riesgo de reacción inversa: anular a los habitantes de La Loma, bajo la presuposición de que sus formas del contar-se y contar-nos no son suficientes para enunciarse como sujetos en la escena pública. Pretender dar voz quitándola o, lo que sería peor, desfigurándola – como en el abismo de la democracia representativa–. Se puede decir entonces que, metodológicamente, se presentaron las re–enunciaciones a los moradores para su validación y se obtuvieron sonrisas aprobatorias, pero ¿no es una voz en primer plano la que se auto-asume como representante? Se finaliza también este proceso con la comprobación de la violencia insalvable del ejercicio de representación.

Y algunas preguntas obligadas en contextos socioeconómicos como el de Cartagena:

¿Qué tipo de intervención institucional y/o estatal generaría una aproximación reflexiva desde la creación literaria? ¿La naturaleza de la intervención y el impacto real en las condiciones materiales de vida de los habitantes de La Loma variará en virtud de la apuesta de sentido planteada en el libro de relatos? ¿O se seguirán generando acercamientos asistencialistas, esporádicos, lastimeros o exotizantes? Un estudio que se insinúa en los márgenes de esta investigación compete a la determinación de la relación entre el tipo de acercamiento reflexivo y la variedad de intervención que provoca.

En el caso concreto de la gente de La Loma, las historias que se cuentan sobre la crisis invernal y las estrategias comunitarias de sostenimiento, inciden de forma directa en la configuración de los procesos de identificación. Aunque no existe un escenario formal, al interior de la comunidad, para mantener la continuidad narrativa de La Loma, los relatos permiten reconocer motivos recurrentes que funcionan como elementos de cohesión social, lugares discursivos y físicos de pertenencia y motores de generación de estrategias de bienestar individual y colectivo.

En forma continua, los diferentes relatos se relacionan entre sí y tienen la capacidad de abrir las puertas a nuevos marcos de resistencia cotidiana. Es necesario volver a lo local. Retomar las ideas de territorio e identidad por encima de las ideas acumulativas e individualistas del mundo global en que estamos obligados a movernos. Priorizar el cuidado del espacio y el cuidado del otro. Pero aprender esto es más un ejercicio del recuerdo que un estudio del conocimiento racional.

Necesitamos resguardar lo que Arturo Escobar (2014) llama nuestros mundos relacionales, esas formas de resistencia ante el vacío y el aislamiento del aséptico mundo único desarrollado. Reconocer el antiguo vínculo entre el territorio y la gente, implica entender que mover a los grupos sociales de sus lugares tradicionales de habitabilidad deviene en una fractura en sus formas de estar juntos. Por lo tanto, si el exilio es inevitable por una amenaza ambiental inminente, reubicarnos debe ser un movimiento respetuoso que garantice la permanencia de los vínculos comunes, las formas de entender y estar en el mundo y los espacios del recuerdo. Esto en caso de que el exilio sea inevitable. El problema empieza cuando el exilio parece ser producto de un par de deliberadas negligencias institucionales y desvíos de recursos públicos. Cuando cada día parece más palpable la idea de ciudadanos de cuarta sin derecho a la exigibilidad. Cuando cada día parece más aceptada la idea de ciudadanos de cuarta que deben agradecer las “ayudas” de un gobierno indiferente y las oraciones de una ciudad que arde.

Estos relatos guardan algunas lecciones aprendidas de los pobladores de La Loma. La primera lección tiene que ver con la necesidad de contar, de enunciarse desde adentro y registrar de alguna forma las experiencias y aprendizajes colectivos. El ejercicio de contar permite un movimiento doble de transformación de representaciones colectivas sobre el sí mismos y de representaciones externas sobre un sujeto colectivo marginalizado. Contar es en sí mismo una acción, representar es una acción. Por esto, contar debe ser entendido como una estrategia hacia la consecución del bienestar del grupo y, por lo tanto, una acción de mejora.

La segunda lección tiene que ver con el cómo contar. En una población que se reconecta internamente para luchar por su bienestar en formas simbólicas y materiales, el estilo de contar responde al silencio que se ha cernido sobre elementos considerados relevantes por el grupo social que se cuenta: las emociones y las percepciones, los sueños y las esperanzas. Un contar intimista y testimonial que revele los baches periodísticos y académicos y que respete los modos en que la misma comunidad desea ser representada. Eso que callamos y cómo lo callamos dice mucho de nuestras propias posibilidades de avanzar. Eso que permitimos que otros digan de nosotros, eso que externamente y desde arriba nos dicen que debe ser nuestra prioridad, es necesario hacerlo a un lado por un momento.

Por este momento. Audre Lorde (1984) aseguró que las cosas no dichas impiden convertir las palabras en acción material verificable. Contarnos, sabernos, juntarnos y, luego, de ser necesario (aunque la historia de los movimientos sociales, campesinos, negros, indígenas nos enseñen lo contrario) retomar algunos conocimientos academicistas, claro está, no sin antes pasarlos por el filtro de nuestros propios aprendizajes experienciales.

La creación

Gente de La Loma (relatos)



Ilustración: Estefany Escallón.

La herida común (Primera parte)

Para poner el agua

Una manguera negra es un tubo flexible que traslada el agua de un lugar a otro. Una manguera negra necesita dos cuerpos dispuestos a ocasionarse un rastro vertical de tierra, del abdomen al pecho. Una manguera negra pesa en los brazos y vuelve pesadas las palabras.

Una manguera negra tiene dos extremos: uno conecta con la fuente y el otro sube por las terrazas, atraviesa las salas y llega a las bateas, a los tanques, a las lavadoras. Una manguera negra queda tendida en las escaleras de acceso a la calle. Una manguera negra queda tumbada en la tierra de La Loma. Una manguera negra está siempre sucia y acompaña con el murmullo del agua, la espera de los hombres. Una manguera negra sostiene en su larga quietud la honra de las casas. Una manguera negra retrasa su estancia en la tierra cuando el agua se debilita y asegura el lento aprendizaje de la calma.

La inexistencia de una manguera negra demora el pan nuestro de cada día, el fresquito nuestro de cada día, la ropa limpia de cada día. La falta de una manguera negra obliga a soportar el polvo de la calle en los ojos o a cerrar las puertas. Es el exilio de las terrazas, la condena del encierro, la consciencia de los abandonos.

La negación de una manguera negra es el franco conjuro del caos, el ritual para expulsar de las gargantas los gritos y las maldiciones de los otros. Es la parodia de poder de los jodidos. Es el rasgar de las vestiduras y el crujir de dientes.

Nadie quiere extender una manguera negra. Nadie quiere ser mirado a los ojos mientras lo hace. Nadie quiere mirar a los ojos. Tal exposición requiere la entereza de quien ha extendido mangueras negras desde siempre y sabe clavar bien la mirada en lo circular del movimiento.

Una manguera negra tiene más de dos extremos.

Oficios

Un estruendo acalló el aleteo de la lluvia. Solo un estruendo. Lo demás fueron gritos que se perdían y un murmullo de lágrimas a lo lejos. Pero eso fue después. El momento de las lágrimas fue después. Como si aquel ruido tuviese manos y armas en las manos, todo quedó en silencio, hasta los ojos de Cecilia, hasta la mecánica conversación de los pájaros, todo. Los delgados susurros escapados de la correndilla de los niños se prendieron de las cortinas, [y] jugaron a ser [viento, fantasmas y] presagios. Desde la boca de las viejas se expandía por toda la casa, en el tejado, en las columnas, en las fotografías [estampadas] de las paredes, en cada mueble y cada baldosa, un silencio espeso que hacía imposible levantar los párpados y que traspasaba la garganta como un trozo de plátano destrabando una espina. El estropicio duró unos escasos segundos. El silencio, horas según recuerdo; ambos, ruido y silencio, terminaron al tiempo, como si, antes del miedo y de las sombras, hubiesen convivido sin contradicciones. A decir verdad ya nadie recuerda si el temblor de los cuerpos esa noche respondía al agua sucia que nos bañaba los pies o al horror de sentirse a unos pasos del exilio. Clara tomó una escoba vieja y como pudo empezó a sacar el barro. Lo mismo hicimos los demás. En los instantes que siguieron todos nos dimos a la tarea de impedir que entrara a las habitaciones. Un extraño miedo nos embargaba. Como si muy dentro de nosotros habitara la certeza del exterminio, retumbando cada tanto por el eco del estruendo en las paredes del estómago. Al interior del torrente de aguas se podía distinguir con dificultad cadáveres de animales, papeles con rastros de antigua importancia y las lágrimas de las viejas que ahora daban gritos. Han pasado algunas semanas desde que esa gran roca cayó en el patio y la corriente de barro y basura y agua atravesó la sala de la casa. Ya nadie habla de eso. La casa está tan limpia, que dan ganas de tirarse en el piso boca abajo, sintiendo el frío rastro del

trapero en la mejilla derecha y las palmas de las manos. Ver a la hormiga que corre junto a la silla del comedor. Respirar despacio mientras el perfume del desinfectante penetra sin pudor cada fibra de tu cuerpo. Exhalar. Desentrañar las razones que tienen las baldosas para fingir que son completamente iguales. Seguir con la mirada a la hormiga mientras llega al espaldar de la silla del comedor y una mano adornada con una esclava de plata se desliza sobre la madera de la silla. Exhalar ante la ausencia de la hormiga. Temblar.

La Loma

A La Loma se sube por una escalera de concreto con tres peldaños intactos. Los otros veintidós exhiben –orgullosos– unas grietas enormes, rastros del tiempo y de las corrientes de agua que le han pasado por encima. Las dos barandas de hierro están pintadas de negro y llegan hasta el escalón número veintiuno. Todos los que por allí han pasado alguna vez, coinciden en afirmar que La Loma parece un pequeño secreto: diez familias, en diez casas, con la dignidad de cemento y el privilegio de mirar la ciudad completa des-de arriba –casi desde afuera–. Más cerca de la luna, las noches son silenciosas y los días tienen esa antigua y rara costumbre de claridad, ya perdida en las ciudades de hoy. Inaugura la calle un árbol rugoso y casi mudo, que solo al paso del viento suelta un murmullo lejano.

Hay más árboles, claro, a la orilla de la pendiente, más vivaces y más jóvenes, aunque menos majestuosos. Trastocando la tradición –ya por la pérdida ocasional de memoria que viene con los años, o ya por la deliberada terquedad de negar lo acontecido– son los muchachos quienes cuentan a sus mayores que una noche de noviembre como siempre –como nunca– el cielo escribió en las nubes un aviso de lluvia nocturna. Cayeron rayos y centellas mientras la gente dormía. Uno que otro se levantó esa noche, se asomó por la ventana y hasta habrá lanzado al cielo –soñoliento– un conjuro de rezos aprendidos de memoria para espantar la mala hora. Al siguiente día continuó lloviendo: firme y sin prisa. Intérprete obstinada, la lluvia seguía cayendo en los techos rotos de las casas, en las ramas de los árboles, en el cabello de la gente y en la tierra de la calle, ejecutando con calma el trabajo minucioso de llenar las horas y las almas con su música latosa. De tanto en tanto aceleraba el ritmo, pero a decir verdad llovió lentamente la semana entera, desde la madrugada del martes hasta la tarde de ese lunes desgraciado en que la lluvia enterró sus uñas en la tierra y arrastró la mitad de la calle hacia abajo. No respetó siquiera la esquelética quietud del palo de trupí, que emitió un estruendo largo mientras caía, muy parecido al llanto contagioso de los velorios. Todos corrieron afuera de las casas, no por el morbo recóndito de quién quiere la primicia, ni porque no supieran con certeza lo que acababa de pasar. Corrieron por instinto, a salvar a la probable víctima que quizá estuviera caminando, cuando la lluvia de noviembre la hiciera tornar al barro primigenio y la arrastrara junto a los árboles. Quienes alcanzaron a llegar rápido a las terrazas, pudieron ver cómo una calle de doce metros se iba

encogiendo por culpa del agua. No había nadie cerca, ni animal ni humano: precario alivio en medio de la incertidumbre de los días postreros. De otras calles corrían rumores de casas destruidas y animales, pero la lluvia cesó y la gente se sintió con la confianza de volver a acomodar las cosas: los recipientes de las goteras volvieron a las cocinas y las oraciones ocuparon su puesto debajo de las almohadas.

Llegaron a La Loma el mediodía del 16 de abril de 2005, identificados como profesionales de la Unidad para la Prevención y Atención de Desastres del Distrito y, como ellos mismos dijeron, venían con la intención de realizar una visita de evaluación. Revisaron las casas y los patios de las casas. Midieron la calle, fotografiaron y tomaron muestras de tierra.

Pasaron todo el día manipulando herramientas inverosímiles para llegar a las mismas conclusiones que ya la gente de La Loma conocía, pero que –ahora– enunciadas en el lenguaje que atienden y validan allá abajo, se escuchaban más definitivas:

Informe técnico	
Soporte lateral de la calle	Remoción por erosión, debilitamiento de la pendiente por excavaciones, construcciones y deforestación de la zona.
Talud trasero	Los fuertes aguaceros han aumentado la erosión y remoción del talud trasero y frontal de la calle, afectando la estabilidad de las casas y obstruyendo los canales de desagüe de los patios.
Área de la calle	La calle que presentaba 12 m. en la actualidad mide 4 m, perdiendo más del 50% de su estabilidad

Luego de emitido el veredicto, se transcribió, imprimió, firmó y selló el documento.

Entradas las seis de la tarde, la caravana de cascos, camisas y botas pantaneras había abandonado La Loma, con el caminar que adoptan las personas satisfechas por el deber cumplido: lento, amplio y firme. Nunca más en el transcurso de dos años se volvió a saber nada de esos doctores e ingenieros.

18 de octubre de 2006, el Personero Distrital recibe una carta airada y triste. La gente de La Loma la había enviado. Pero los trucos de los funcionarios que se encargan de resucitar derechos muertos tienen efecto retardado. Apenas el 13 febrero de 2007 respondió la alcaldía con una carta fría y gris, reconociendo el problema y asignando una cantidad elevada de dinero para los estudios técnicos permitirían determinar la contextura del suelo, estudios topográficos, obras y presupuesto. – “¡Nuevamente estudios técnicos!”– pensó cada habitante por separado, pero nadie dijo nada para no quebrar con sus palabras la frágil esperanza que empezaba a renacer en la gente de La Loma. Como si

la gente de La Loma fuera una persona distinta de cada uno de ellos, autónoma, que sintiera y pensara y que, además, fuera emocionalmente inestable, como un chiquillo al que se le deben ocultar ciertas verdades. Volvió la caravana engrandecida el 5 de agosto de 2009, cinco años después. Y, nuevamente, revisaron las casas y los patios de las casas. Midieron la calle, fotografiaron y tomaron muestras de tierra.

Pasaron todo el día manipulando herramientas inverosímiles, sacaron cuentas y desaparecieron. Como el olvido no existe, aún hay en La Loma un viejo borracho que repite –terco– la cifra remota, como quien cuenta un fajo de billetes: — doscientos treinta y dos millones doscientos cuarenta y tres mil doscientos treinta y siete pesos. Doscientos treinta y dos millones doscientos cuarenta y tres mil doscientos treinta y siete pesos. Eso costaría la construcción de un muro capaz de contener, al tiempo, la tierra de la calle, cada vez más disminuida, y las sospechas de un exilio inminente.

La gente de La Loma sigue viviendo. Es sencillo. Cuando el sol sale, se puede lavar y tender la ropa en el patio. Se pueden hacer planes y preparar fiestas. Y, si no es muy fuerte, hasta puede la gente bañarse en el agua lluvia. Con el tiempo, aprendieron a necesitar solo cuatro metros de tranquilidad. A ellos los une a la vida el vínculo que tienen con la muerte: van dejando el alma en las paredes, en las cortinas. El polvo que quitan de las ventanas es un pedazo de ellos ensuciando un trapo. La ceremonia diaria de ir esquivando el peligro los despoja de las cobardías frecuentes en los hombres comunes y los llena de varios miedos íntimos que, dispuestos de la manera correcta, forman el equilibrio que los tranquiliza.

Un día y dos noches después de naufragar

(Segunda parte)

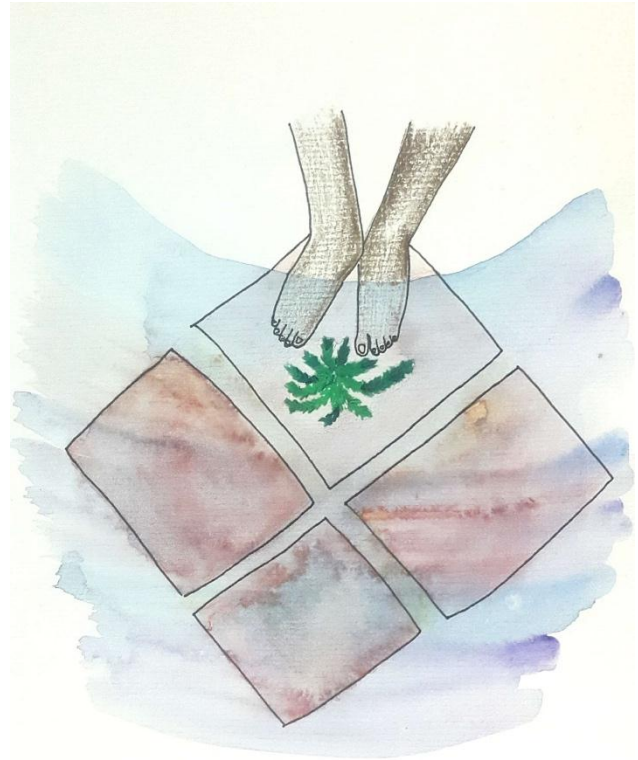


Ilustración: Estefany Escallón.

La cuidadora

Vino de uno de esos pueblos en que todavía paren gente simple, y la reparten por el mundo para tutelar las casas. Era una mujer de pelo corto y ojos oscuros, delgada y con las manos fuertes. No tenía obligación alguna, pero cocinaba todos los días, lavaba la ropa y limpiaba el patio. Su café estaba listo a las tres de la tarde, cuando el sol venía bajando y la panadería sacaba la última tanda de piñitas. De acuerdo con la costumbre, repartía el tinto por el patio y los más agradecidos le contaban una historia. Tenía fama de lavar la ropa de toda la calle, acariciándola y de ser la mamá de unos cuantos hijos ajenos.

Le decían Efa o Ata. Jose, los más viejos. La veían caminando por el pasillo de la casa. Se había escogido a sí misma como confidente y acostumbraba murmurarse una conversación quizá llena de antiguas verdades. Contando a los de la casa y los de la calle, existían al menos diez personas cuyas vidas

dependían de que ella despertara cada mañana. Nunca tuvo hijos, pero había confeccionado, con paciencia, la crianza de los hijos de su hermano.

La mañana en que asumió que moriría, se había levantado, bacinilla en mano, a descargar el orín de una noche de lluvia. Al regresar del baño, a un pie de estar dentro de la casa, sucedió el desastre. Llegó llorando donde la vecina de al lado. Nunca se le había conocido lágrima, pero esa vez le temblaban las piernas.

— ¿Qué pasó, Efa? Gritó la vecina, temiendo en lo profundo el velorio de algún sepultado.

— La tierra, muchacha, respondió ella. - La tierra se abrió. Esa loma se vino toda para el techito del patio. Qué cosa tan tesa. Los tanques que estaban allá atrás, se vinieron para acá adelante. La Loma de allá arriba se cayó.

— Te tengo dicho que para el patio no se puede coger.

— En el momento en que yo fui a vaciar la bacinilla, que ya venía para acá, yo te digo que casi que me aplasta eso a mí. En el ratico que yo salí y vine, parece que dios me hubiera dicho “Anda rápido”. Qué cosa tan tesa.

Había llovido toda la noche y en la mañana la tierra había decidido abrirse. Efa cocinó toda la semana donde su vecina, se bañó toda la semana donde su vecina y durmió toda la semana en la sala de la casa de su hermano, abrazando a su sobrina más pequeña. Lucía, que nunca había creído en monstruos y había crecido lo suficiente para entender que la lluvia nocturna conjura el desastre, sabía que el temblor en el abrazo de su Ata era miedo a la tierra.

Efa solía cantarle una canción antes de dormir, era la misma siempre que llovía de noche:

*Canta la lluvia para que duerma,
desconociendo que le temo cada vez otro tanto,
que finjo el sueño más profundo, el estatismo mejor guardado,
para que cese su canción de media noche.
En ocasiones grito muy fuerte.
Nunca me entiende.
Creo que no tiene oídos la gran lluvia de octubre,
que solo se posa en mi techo con la intención de contarme las historias
que ha mojado en otros lugares de la tierra.*

La canción calmaba más a Efa que a Lucía, pero las dos caían rendidas hasta el día siguiente.

La estufa, la nevera y el termo del café tenían un nuevo sitio en la sala. Todo lo rodaron, hasta la vida, que no volvió a acomodarse en sus tradicionales maneras hasta una semana después, cuando empezaron a sacar la tierra y el zinc caído del techito del patio. Primero organizaron. Luego se limpió todo. Ya después dejó de llover y montaron otra vez el techito del patio. Pero como acomodar las pesadillas en el cuerpo es un poco más demorado, tuvo que pasar un mes completo antes de que todo volviera a la normalidad.

La cuidadora insiste decir que las cosas se van pareciendo al dueño y siempre recuerda un tanque de agua rojo que estaba en el patio cuando empezó a caer la tierra. — El tanque salió flamante, decía. — Todavía está por ahí.

Maniobras para soportar la nostalgia

I

— Todo el mundo sabe de la existencia de los gusanitos debajo de la tierra que asoman la cabeza a la superficie si les ofreces jabón azul. Lo que no todos saben es que necesitas que un hilo sostenga el pedacito de jabón en forma de bollo si quieres llenar un tarro para impresionar a tus amigos; o que la zona del patio en que hay mayor presencia de huequitos es la que bordea el palo de tamarindo; o que para espantar el cargo de consciencia, es decir, las ganas de salir en la mitad de la noche a devolver uno por uno cada gusanito a su huequito correspondiente, tienes que usar una manta nueva y tapar el tarro. Las viejas son casi transparentes y te recordarían toda la noche lo mala gente que puedes llegar a ser.

— ¿Y qué tiene de malo sacar un gusanito con jabón?

— Nada. La vaina es acordarte después de viejo. Esa quietud no la encuentras ni pescando.

— ¿Será por los gusanitos que el tío Toño nos pisaba los pies cuando andábamos sin chancletas?

— Quién sabe. Yo siempre creí que era ganas de joder.

— Como te escuche, te corretea. Y no, compa', todo el mundo no sabe.

Claudio y Macías están sentados en la terraza, con la misma partida de ajedrez que han estado jugando desde los doce y que siempre terminan aplazando para el día siguiente. Antes, por el grito de la madre anunciando la hora del sueño. Ahora, porque mañana hay que trabajar y nadie es cuerpo glorioso. Ya sólo quedan cuatro fichas en el tablero: alfil-caballo, rey contra rey.

— Estás casi en mate, Claudio.

— Hoy. Mañana es otro día.

Hace ya muchos años no existe la necesidad de lavarse los pies antes de entrar a la cama, porque los juegos de tierra se han ido agua abajo y porque con los años llega la repulsión por el barro.

Macías cierra los ojos apenas su cabeza toca la almohada. Ha estado pensando que su alfil juega por las casillas blancas, y sabe que la única forma de dar mate, es llevar al rey de Claudio a alguno de los dos rincones blancos del tablero. De pronto, lo ve de nuevo. Allí, frente a él, está un niño mojado con el cabello en los hombros. Parece que tiene ganas de decirle algo, pero cada vez que intenta acercarse, el despertador suena. Se pasa la punta de los dedos por los dos ojos y se masajea las sienes. Cuatro de la mañana. Hora de trabajar, de llevar a cabo su rutina, el conjunto de actos mecanizados por los que solía apasionarse: seis computadores por arreglar, un partido de fútbol, diez turnos de ajedrez, una conversación y a la cama.

II

— Rey f8. Estás muy callado hoy, dice Claudio.

— Alfil h7. ¿Correr se olvida? Pregunta Macías, desesperado por encontrar una razón lógica para el momento vital en que decidieron dejar de jugar al quema'o, por sentarse frente un tablero de ajedrez.

— Rey e8. Correr es una cuestión de espacio. Responde Claudio.

— ¿De espacio? Caballo e5.

— Sí, de espacio disponible. Cuando eres un niño, el patio y la calle te parecen demasiado grandes y correr es casi un reflejo. Como ahora. Rey f8.

— Entonces ¿el espacio es una cuestión de tiempo? Insiste Macías, mientras mueve a su caballo. – Jaque, dice lánguido.

— Rey e8. No, el espacio disponible es una cuestión de tierra y agua.

— Verdad. Rey e6. Nos quedamos sin patio, compa'.

— Nos quedamos sin patio. Rey D8. Por eso ya no corre la gente.

— Rey D6. La gente no corre por floja, por vieja.

— Rey E8. ¿Recuerdas cuando mi tía Irene corrió por todo la casa para pegarle a Margot y a Julie? La gente corre por maldita.

Macías se ríe con la carcajada hacia adentro, como acostumbraba después de las 10 de la noche, mientras su caballo hace una w magnífica. – Claro que me acuerdo, dice. Tu tía Irene les prometió una limpia con matarratón por pasar frente a ella sin saludarla.

— Julie se comió el arroz caliente, le temblaban las manos. Rey c8.
— Ah! Pero tuvo tiempo de comer. Macías mueve Alfil h5, dejando espacio a Claudio para un movimiento controlado.
— Margot se montó en el palo de tamarindo, recuerda Claudio, al tiempo que evita quedar en el rincón de su desgracia. Rey d8.
— Caballo b7. Jaque.
— Cuando Julie vio a mi tía Irene en la puerta, su único reflejo fue correr hasta debajo de la cama. Rey c8. La gente corre por supervivencia.
— La pobre. Le pegaron debajo de la cama, arrinconada, sin tener para dónde coger. Rey c6. La gente no corre porque no puede.
— Rey b8. Vio compa', la gente no corre porque no tiene espacio.
— Rey b6. Correr no se olvida.

III

Macías ha tenido el mismo sueño cada noche desde hace seis meses y empieza a sentir que ve al niño en los espejos y en las ventanas. Re-emplazaba el disco duro del computador de mesa de Elena, la vecina, sin sospechar que esa noche el niño le hablaría y él se levantaría corriendo y tropezando cada florero de la casa hasta llegar al baño, tomaría un pedacito de jabón y se dormiría nuevamente.

La ausencia de esa sospecha, no le permitió entender por qué a la mañana siguiente se levantó con una masa babosa en la mano. Así que volvió a su rutina. Pero sucedió lo mismo las siguientes noches, con pequeñas modificaciones que lo llevaron en forma progresiva a despertarse un día en la puerta que dirige al patio, otro día parado frente al tanque elevado de agua, otro día acostado entre los matorrales y el barro, descalzo, con un trozo de hilo entre las manos y un gusanito en el extremo. Al despertar temía lo que teme todo el mundo cuando los ciclos de vigilia y sueño acuerdan confundirse. Se volvería loco en cualquier momento si no pensaba en una táctica que le permitiera descubrir lo que el niño del sueño tenía para decirle.

Macías proyectó un mate básico: perseguir al niño, llevarlo hasta una de las dos esquinas del patio limpias y con baldosas. Macías sabía que necesitaba sacarlo de su línea neutra, el barro del patio, para quitarle margen de movimiento. Pero necesitó treinta y cinco noches para entender que el niño se disipaba fuera del barro. Treinta y cinco, con todo y sus enlodadas en el patio, sus golpes con los bordes de las paredes y sus gusanitos caminando sobre la cama. Treinta y cinco noches completas.

IV

Claudio pensó que no volvería y ya le había contado a su esposa entre las sábanas que Macías había abandonado la partida y eso lo convertía en el ganador. Pero Macías volvió treinta y cinco noches después, sacó las dos sillas Rimax a la terraza, la mesita donde la mamá de Claudio pone el florero de porcelana y el ajedrez tallado en madera, con la pintura levantada por toda la lluvia que se ha metido a la sala con los años. Acomodó las fichas con la reverencia de los rituales cotidianos que sostienen la vida y, ya sentado, llamó a Claudio.

— Tú mueves, dijo Macías.

— ¿Treinta y cinco noches y lo único que puedo hacer es mover rey c8?

— Estaba planeando algo grande. Jaque del alfil en g4.

— ¿Poner a mi rey a correr? Rey b8.

— No, ponerte a correr a ti. Dice Macías, mientras su caballo terminaba un recorrido en w.

— Rey a8. ¿A mí?

— Sí, es la única jugada posible. Alfil e2

— Rey b8. Hablas como si hubieses descubierto algún misterio.

— No. Alfil a6. Sólo he tenido una conversación con un niño.

— Rey a8. ¿Qué niño?

— Voy a invitarlos a todos a jugar al escondido americano una vez acabe esta partida. Alfil b7. Correr no se olvida. Jaque.

— ¿Qué les ofrecerás a cambio? Rey b8

— Nada. Un poco de barro en las piernas. Caballo c6. Mate.

Pura presión

A mí siempre me ha gustado andar a pie descalzo. Para sentir la tierra, para no lavar las chancletas, para saludar con la planta de los pies a los gusanitos de jabón, para patear mejor, para lo que sea. Pero como todo placer simple, andar descalzo en la tierra de la calle tenía sus detractores y si eras una niñita chiquita y malcriada, no había mucho que discutir. Nunca entendí por qué mis pies descalzos eran un problema para los demás, así como ahora no entiendo por qué la vecina de al lado insiste en meterme conversación.

Lo cierto es que mi tío Toño siempre estaba bien armado. Él usaba unas acabamundo ¿Saben cuáles son? Una chancletas cafecitas que tenían una vainita aquí y una vainita allá. Doradita, plateadita, no me acuerdo ¿Saben cuáles son? Las acabamundo, nojoda. Esas vainas tenían unas cosas abajo que

raspaban. Una vez te pisaba, estabas destinada al ritual del restriegue. Te refregaba las acabamundo en los pies hasta que te dejaba la marca y tú salías corriendo para tu casa llorando.

-¿Ajá y qué te pasó?

-¡Mi tío Toño, mi tío Toño! Qué tronco de miedo que yo le tenía. No salías más descalza en una semana. Después se te olvidaba y te correteaba desde la tienda de los cachacos hasta La Loma. El susto era grande, pero yo siempre he sabido correr. Ahora después de vieja no sé si eso es cobardía o talento. Qué cosa tan tesa.

Macías era uno de los que decía que mi tío era pura lengua, pura presión. Se le llenaba la boca diciendo que estaba invicto. Que nosotros no sabíamos cómo era la jugada, que éramos unos pollos. Yo nunca le creí hasta el día ese que le partió una persiana. Pasó lloviendo todo el día, las mamás decían que había alerta para esa noche y andaban con las maletas armadas por si algo sucedía. Nosotros estábamos jugando, y a que no adivinan cuál era la arquería. Sí, todo el frente de la casa de mi tío Toño. Una se pone a pensar esto ahora y verdad que esas son vainas de pela'o. Las ventanas de esa casa eran puras persianas. Pura persianita llamando bola e' trapo. Y le toca cobrar a Macías. Qué cosa tan tesa. Creo que él tenía ganas de entrar al cuarto de atrevido y recoger los vidrios para que no se dieran cuenta. Estaba asustado. Todos estábamos asustados, porque por uno paga el resto. Eso siempre ha sido así. Estábamos sentados en la terraza y apenas vimos que mi tío pasó, se nos aguaron los ojos. ¡Nojoda! entró y salió en seguida.

- ¿Quién fue el que partió el vidrio? Yo dije, ya está, ya le partieron un palo en la espalda.

Macías ahora dice que no, pero estaba frío y lloraba suavecito como para que nosotros no nos diéramos cuenta. Lloró toda la tarde, sentadito en la terraza porque mi tío le dijo que cuando entrara se llevaba su limpia. Eran como las diez de la noche cuando dijo: — ¡Que pase lo que tenga que pasar! y entró. Nos quedamos con los crespos hechos esperando la noticia. Mi tío no le hizo nada. Nada. Ni siquiera lo regañó. Dicen que mi tío tenía miedo de no amanecer, que había sentido en la madrugada que algo se caía muy fuerte y se asomó al patio, medio abrió la puerta y cuando sintió fue el barro encima. El agua corría del patio a la calle, se metió a los cuartos, estaba casi mojando las camas. Ustedes dirán que yo era bruta, pero no entendía por qué una cosa tenía que ver con la otra, por qué el aguacero que se había llevado La Loma frente a las casas había salvado a Macías. Lo que sé ahora lo aprendí de ese día: lo bueno se cruza con lo malo, tanto, que una no alcanza a ver la diferencia. Yo creo que lluvia en La Loma es como mi tío Toño, pura presión.

Revelaciones simultáneas

(Tercera parte)



Ilustración: Estefany Escallón.

Cuatro maneras de llevar mi nombre

I

El nombre con el que me registraron quizá fuera el presagio de una ruptura, o la evidencia de una frustración. No sé. Pero esa noche entendí que las vidas sí se parten en dos y estuve parada fuera de la casa intentando descubrir qué hace la gente con el primer fragmento. Era una construcción con carácter. Juro que me miraba a los ojos. Pude haberme quedado allí por más tiempo de no ser por la impresión de una mano en mi espalda. Caminé hacia adentro sin corroborar su pertenencia a un cuerpo completo.

El primer cuarto era una galería. Algunos cuadros colgaban del techo y los otros estaban en el piso, recostados a las paredes. El único que me detuve a observar estaba en una esquina. Solo. Desde donde me encontraba, el cuadro mostraba un punto cerca del extremo inferior izquierdo, debajo del cual se extendía el croquis de una pendiente. Me acerqué un poco y el punto resultó ser una golondrina diminuta detenida en la tierra, con la mirada clavada en la pendiente. Me sorprendió el ímpetu en sus ojos y me pregunté por su vuelo. Seguí caminando.

El cuarto contiguo parecía una sala de cine, pero la imagen salía del piso, justo del centro y se quedaba sucediendo en el aire. No necesitaba superficie alguna y se podía ver a los personajes en todas las dimensiones físicas posibles. Los espectadores estaban sentados alrededor, no de frente como se acostumbra. De esta forma, no sólo podían ver las escenas, sino las reacciones de los demás a través de las escenas. Al mismo tiempo. Era simple: un muchacho sonríe al ver la lágrima de otro muchacho a través de la escena de un beso. Pensé en el espejo y seguí avanzando.

Mi paseo por aquella casa me llevó a salones de juego, baile y bibliotecas. Vi un grupo de niños hablando con muñecos de trapo, manejados por otros niños, que quizá fueron de trapo en otro tiempo.

En ese punto quise descansar un poco y hallé una cafetería pequeña instalada en la sala. Estaba adornada con crisantemos y lámparas de papel. Pedí un té mientras sospechaba las conversaciones sostenidas en las demás mesas.

— En este mundo de cálculos ¿alguien puede tener la certeza de cuánto pesa un sueño ajeno?

— No.

No, no puede. Dije en voz alta y continué caminando. Mi paseo terminó en el patio de la casa. Supuse, por la cantidad de adolescentes, que la tarima estaba a la espera de un gran concierto. Mientras tanto, las luces jugaban en el escenario y de fondo sonaba alguna canción de esas que todos recuerdan aunque nadie sepa cómo se llama o quién la canta. Una curiosa satisfacción me embargaba, al punto de disipar los cuestionamientos y sonreír.

II

14-09-2010. martes. 8:00 p.m. Exactamente un mes desde el lanzamiento de la fundación. No ha pasado nada más. Estoy pensando en la manera de pagar las deudas que me dejó la inauguración.

Muchas deudas. Tengo miedo. Le he estado pidiendo a Dios lo que necesito para realizar el sueño que me ha dado, pero me siento tan sola. Me ha dicho que no tendré aliados por un buen tiempo.

Es una prueba que tengo que pasar, pero es tan dura. La soledad es uno de mis mayores miedos. Tengo que superarlo. Tengo que hacer las cosas que tenga que hacer sin aliados, socios o amigos. Sólo tengo que depender de Dios. Es bueno saberlo, pero esto es tan duro. Quisiera morir, tal vez así no tendría que luchar por nada, no tendría que romperme la cabeza.

Estoy a punto de rendirme. Buscar un empleo. Volver a trabajar ocho horas. Así por lo menos podría pagar las deudas. Pero si me rindo le doy la razón a los que declararon maldición sobre la fundación.

III

Entrevista con la directora de la Fundación Koinonia.

Nos encontramos con la directora de la Fundación un domingo soleado a las 6:40 a.m. Nuestra compañera Beatriz Soler coordinó la hora de la cita y preguntó por la ubicación. Estábamos esperando una edificación adaptada por espacios, con contrastes entre lo moderno y lo tradicional. En cambio encontramos una casa de familia con un letrero tallado en la parte alta de la fachada: Cándida Rosa. Era una casa grande, es cierto, pero entre las vitrinas de cachivaches, el televisor, el comedor, el juego de muebles y los cinco habitantes de aquella casa, no parecía quedar espacio para una fundación. Después la directora nos dijo que el espacio nunca había sido una medida física y nos preguntamos por las sillas, las mesas y los telones.

Luego del desayuno, nos esperaba un recorrido hacia la cima del cerro. Dieciséis niñas y trece niños entre los 7 y los 14 años llegaron a la casa.

— Esta loma nunca ha tenido candado, dijo la directora mientras le entregaba a cada niño una botella de té helado o gaseosa, ahora llenas de agua fría.

Dijo unas cuantas palabras más dirigidas a los participantes de la expedición y empezamos a subir.

BS: ¿Por qué llevar a los niños a subir un cerro si ellos viven en él?

Julie Roy: conseguir la sonrisa de un niño es un ejercicio de retorno a lo simple.

BS: ¿Es lo simple una característica de la Fundación?

Julie Roy: no te confundas. Volver a lo simple no es un movimiento de la ingenuidad. Requiere un enorme esfuerzo convencer a la gente de que un cambio en la percepción del espacio que se habita, aleja el miedo cotidiano.

BS: Las actividades de la fundación ¿son siempre las mismas? Me preocupa que los niños no tienen un lugar acondicionado para los talleres.

Julie Roy: No somos un espacio físico. Nos sostenemos de las donaciones de la gente. Proyectamos películas, tenemos libros para adolescentes y tenemos aliados musicales. La Loma se ha ido reduciendo, es cierto. Pero la limpiamos periódicamente. La tierra siempre ha sido agradecida con los pies mojados de los niños y los recibe dichosa en cada taller.

En medio de esa conversación llegamos a la cima y ella se aleja de nosotros para iniciar los concursos con los niños. Dice algo sobre el cuerpo y los pone a hacer ejercicio. Hay comida para todos. Al bajar nos dijo que no podía atendernos más, porque necesitaba verificar que ningún niño se raspaba las rodillas. Llegaron todos juntos de vuelta y uno por uno, le besaron la mejilla.

IV

Por las rendijas de los días de oficina, se cuela siempre un espejo con una imagen de ti que no logras reconocer, pero que sabes tan real que quema. Entonces viene el hastío.

Coordinadora de tesorería en una empresa industrial. Salario con promesa de alza. ¡Doctora, doctora!

Continúas el simulacro por tus padres, porque las deudas te respiran en el cuello mientras duermes, porque viene la época de lluvia y hay que tener respaldo por si toca salir corriendo, porque hay que arreglar el baño, porque te deja el tren imaginario que excusa a los chismosos....

Amaneces un día con la convicción de los inocentes y renuncias. Contener el grito en el cielo. Crisis financiera. Sin insultos, todo ocurrió de forma silenciosa.

En casos como este cualquier tipo de resistencia es bienvenida. La mía es simple. Yo lo tengo escrito. Sí, yo lo tengo escrito. Tengo una libreta, muy vieja. Deshojada luego de sospechar que a la basura sólo deben ir los recuerdos inútiles y los que llenan el corazón de miedo.

Guardé las hojas porque yo lo escribí para siempre. En el papel, en el computador, en el pecho, como memoria de un inicio, como promesa.

Para siempre.

Ontología de la Bulla

Mi abuela hoy no amaneció exigiendo que limpiáramos la casa como todos los días. A fuerza de vivir en quietud, se le ha ido arrugando la frente y quién sabe qué otras partes internas del cuerpo. Ha vuelto a visitar fotografías destruidas en las que sólo se ve el brazo o la cara de alguien. Se ha quedado sentada unos minutos en el borde de la cama antes de irse a trabajar, y ha dicho un par de cosas que todavía no entiendo.

- ... hemos descuidado las palabras, dijo. La vida es ahora un larguísimo silencio entre los buenos días y las oraciones de la noche. Estamos perdiendo las palabras y llegará el día en que no sabremos nombrar ni los propios deseos.

Supongo que habla de cuando nos reuníamos en el patio toda la familia a repetir los mismos tres cuentos de siempre: que cómo llegamos a La Loma, que de dónde viene la costumbre de criar gallinas y cerdos, que cómo será la casa a la que nos mudaremos algún día. Me pareció verle una lágrima, pero seguro fueron solo impresiones, porque mi abuela no llora. Las mujeres de esta Loma no lloran, eso era antes.

Se levantó de la cama con un suspiro corto y caminó hasta la puerta. Yo me quedé mirando su uniforme perfectamente planchado, con esa línea vertical en medio del pantalón azul de lino barato que sólo saben sacar las abuelas. Me perdí tratando de encontrar un recuerdo de la ropa que usa cuando no va a trabajar, pero no lo encontré. Antes de que dejara la casa por completo, le pregunté por la comida de la tarde y respondió con la misma frase de siempre construida con diez palabras. Las combina y las reemplaza de acuerdo con el día:

-En la nevera hay carne para hacer bistec y arroz, dijo, y agregó como acordándose de algo: -Compren fideos con los dos mil pesos que están encima del televisor. Le dices a Efa que se rebusque para el jugo. Mi abuela es una mujer de 58 años que hurga en la mierda ajena. Eso es lo que hace: mira la mierda de los militares indispuestos. ¿O no es ese el trabajo de una auxiliar de laboratorio en un hospital naval? Nunca creí que hurgar en la mierda ajena diera para comprar la comida de la tarde, para pagar los servicios y estrenar muebles. Pero parece que sí. Hace nueve años que la carnicería de mi abuelo

quebró y desde entonces ella es la única que trabaja en esta casa. Contando al inservible de “El Peyo” que entra y sale como si estuviera en un hotel cinco estrellas, somos cuatro adultos mantenidos, una adolescente embarazada y un niño de once años que hace segundo de primaria. El médico me dijo que me toca la cesárea el viernes próximo, así que empezando el mes de mayo seremos ocho bocas.

Me puse a barrer la terraza para arrancar la culpa junto con la tierra de las baldosas. Prendí la grabadora que estaba en la sala y canté la salsa que sonaba. *Sombras son la gente la la la la la la la la*. Para una familia enmudecida, en una calle enmudecida en medio de un barrio bullicioso, la música de una grabadora es casi una burla. *Sombras son la gente nada más*, seguí cantando.

El día se me fue entre instalar la motobomba para llenar el agua, meter la ropa en la lavadora y ponerla a secar al sol. Todavía no me alcanzo a imaginar cómo hacían mis tías y mis vecinas para soportar un día de batea y manduco. Tampoco me imagino estirando una manguera negra por toda la calle para llenar los tanques del baño y quién sabe a quién le tengo que dar las gracias por la ausencia de las gallinas en el patio de la casa. Lo cierto es que quisiera conocer la táctica que les hacía rendir el tiempo y les espantaba el aburrimiento. Cuando terminé eran las cuatro de la tarde, Efa se puso a cocinar y yo me acosté a dormir. Me levantó la gritería de mi abuela a eso de las cinco y media.

-Levántense, que vienen subiendo mi capitán Henao y la doctora Patricia y esta casa está sucia y enredada. Efa esconde los tanques, cierra la puerta de los cuartos, saca los pocillos blancos y quita de la pared ese almanaque viejo. Pasa el trapero de nuevo y amarra esos perros en el palo del patio. Esperanza, ve a bañarte y ponte una bata decente que te esconda esa barriga. Les tengo dicho que la gente no viene a conversar sino a chismosear.

La visita llegó a las seis de la tarde y encontraron la casa limpia. Claro que mi abuela hubiese preferido cambiar el cielo raso de la terraza y completar las siete baldosas que hacían falta en la sala antes de que llegaran, pero se hizo lo que se pudo. Les ofrecimos pastelitos de pollo y galletas de la panadería de mi tío, fiados por supuesto. Se los comieron con el café de Efa que toda la vida ha hecho hablar a la gente. Conversaron bastante según me di cuenta: de huecos en las carreteras que salen de la ciudad, de lo caros que estaban los tiquetes de avión y de las cajas de compensación familiar. Como a la visita no se le iba a ofrecer cena porque no alcanzaba, nosotros comimos apenas a las ocho de la noche cuando por fin terminaron de bajar las escaleras que separan La Loma del mundo de cemento de allá abajo. Siempre he pensado en las escaleras como un pasadizo secreto que conecta dos dimensiones distintas.

- Ni así se me acaba el silencio. Dijo mi abuela y se metió en su cuarto sin comer.

La comida había quedado rica. Teníamos la costumbre de adornarla con ramitas de cilantro para que se viera alegre y bien presentada. Efa les había pedido a las vecinas que le regalaran un tomate de árbol o unos cuantos limones para hacer el jugo, pero nadie tenía o nadie quiso darle. Por eso tuvo que sacar de su almohada un dinero que estaba guardando para cuando naciera Adrián y compró un cuarto de maracuyá en la tienda. Así que hasta jugo había. Por eso no entendí el rechazo de mi abuela.

Comimos todos en silencio, unos en la sala y otros en las habitaciones. Cuando yo terminé, sentí abrirse la puerta del cuarto de mi abuela. Salió de la casa en una bata de dormir blanca con bordados de flores en el pecho. La seguí con cuidado para que no se diera cuenta y vi cómo caminó hasta donde la vecina de enfrente. Un rato después la vecina sacó cinco sillas Rimax y mi abuela las puso en el centro de La Loma. Luego fue donde mi tía Luce y le pidió lo mismo. Al verla, sin saber muy bien con qué propósito hacía esto, yo también me puse a la tarea de tocar la puerta de cada vecino y pedir prestadas cuantas sillas hubiera en la casa. Las acumulamos en el centro de La Loma, bajo la mirada desconcertada que las vecinas y los vecinos nos lanzaban desde las terrazas.

Después de eso empezó lo extraño: ubicó las sillas en un gran círculo y empezó a bailar en el centro, sola. Completamente sola. Debía ser una salsa lo que le sonaba en la cabeza, porque los pasos de baile que sacaba eran de bailadora vieja. Estuvo así unos diez minutos y se sentó riéndose. Sola. ¡Riéndose! ¡Mi abuela! De la nada empezó a hablarle a una de las sillas vacías:

- Es verdad vecino que ya no cagamos en un huequito del patio, que tenemos lavadoras y agua corriente. Las casas están cada día más bonitas con su cerámica y sus lámparas de luz blanca. Y, mientras no llueva, los pisos están más limpios que las toallas. Pero pregúntese vecino, o pregúntele a sus hijos que van a la universidad y son profesores y empresarios, si el silencio no los está consumiendo. A nosotros no nos calló la lluvia señores, porque este silencio común nos invade desde antes. La bulla se la llevaron antes, cuando vendieron los pico's y legalizaron las casas. Cuando preferimos el televisor que la terraza. La lluvia sólo nos selló la boca con miedo. Pero la bulla es lo de menos. ¿Sabe cuál es el problema vecino? Se nos llevaron las formas de estar juntos.

Terminó su conversación con nadie y se paró a bailar lo que parecía ser un vallenato. Fluía. Parecía no pisar el suelo mientras daba la vuelta. Embelesados, conmovidos o por lástima, los vecinos se fueron bajando de las terrazas y se empezaron a sentar en las sillas. Unos hablaron y contaron historias gritando, como si la música que salía de la cabeza de mi abuela estuviera demasiado alta. Otros bailaban al mismo ritmo como si todos estuvieran escuchando la misma canción. Nos acostamos a las cuatro de la mañana, sin que el barrio se enterara de que la gente de La Loma había desbaratado el silencio esa noche.

Los hijos de Juana

He de ser mujer, como la mayoría de las que me habitan. Ellas me han bautizado con un nombre común que, pronunciado en el tono correcto, revela una honda intimidad. Cuando Juana llegó del monte en 1920, buscando dónde parar una casa de cartón, yo solo era un cerro solitario e innominado al que fueron poblando palmo a palmo.

No hubo ceremonia. Sin hacer mucho ruido me fueron llenando de luces diminutas y de flores. Los pasos de quienes me recorrieron desde entonces han parido todas mis formas actuales. Mis bordes, mis árboles y mis desniveles se los debo a Candida, Josefa, Evelina, Nancy, Marlene, Catalina, Ida y a sus esposos Nemecio, Juancho, Aníbal, Aristides, Jairo y al señor Herrera, del que nunca se supo cómo se llamaba. Sus hijas y los hijos de sus hijas han repetido hasta hoy aquel nombre que me diera Juana, y han replicado sus pasos prefiriendo siempre este cerro cualquiera tanto para criar gente nueva como para llorar a los muertos. Han renunciado a dejarme cada día y cada noche de sus vidas porque parecen necesitar la tierra y el barro y el monte primigenio de donde provinieron sus ancestros.

Los hijos de Juana fueron seis y las hijas, ocho. En el transcurso de cincuenta años la vi cambiar las paredes de su casa de cartón a tablas viejas y de tablas viejas a madera prensada. La vi coser sábanas de retazos para protegerles de la brisa de diciembre y enseñarles a leer la luna plateada de octubre. La escuché llorar tras los palos del patio y descubrí el miedo insondable de las madres. Juana pasaba días sin comer para que el arroz alcanzara para todos, soportaba los maltratos de las grandes damas de allá abajo para que no dejaran de entregarle sus bolsas de ropa sucia y entonces, seleccionaba, remojava, enjabonaba, lavaba y almidonaba bultos de ropa ajena para que sus hijos tuvieran sábanas y tablas y comida. Juana lloraba en las noches por el cansancio y el hambre. Ella y su esposo, Aníbal El viejo, limpiaban el patio, sacaban la tierra en sacos que se ponían al hombro y construían jardines y solares para los niños. Al menos tres de las casas que se yerguen sobre mí fueron construidas por Juana en la solidaridad que las mujeres viejas aprendieron de sus abuelas. La mano y la mirada le pesaban, pero Juana siempre supo que las verdades deben revelarse con cuidado para que no se desmoronen sobre los corazones, y contaba historias ajenas para cuidarlos de la suya.

Ese mismo ritual de cuidado se extiende por muchos años, hacia atrás y hacia adelante, y las mujeres que me habitan siguen criando hijos a punta de cuentos y silencios. Lo que Juana calló entonces, es lo que ellas siguen callando ahora: los golpes y los abandonos, el hambre, el trabajo y la soledad. De tanto secarse las lágrimas para no mostrarlas a sus hijos, perdieron la costumbre de llorar.

Cien años después de mi bautizo tengo el miedo de Juana. Se hace grande cuando se acercan las lluvias y puedo sentir cómo tiemblan mis profundidades. Sé que una parte de mí les caerá encima y que tendrán que volver a poner la vida en orden. Como Juana, yo tengo miedo de desmoronarnos sobre sus corazones, pero no puedo evitarlo.

Quienes me habitan, durante los derrumbes se quedan y después de que ha pasado el estropicio se juntan en grupos pequeños y me reacomodan los bordes, los árboles y los desniveles. Vuelven a sembrarme flores y a retirar la basura de mi regazo. Los jóvenes hacen sacos de tierra para retener esa parte de mí que se cae a pedazos y los ubican en el patio con ternura. Hacen canales largos para que la lluvia corra hacia abajo y no me destruya. Luego se reúnen en la noche y les veo reírse de nuevo. Les he oído decir que yo les pertenezco y que ellos me pertenecen, que no se irán a ningún lado y que empezarán de nuevo siempre que me desmorone. Juntos. Que para eso les tengo. Quisiera decirles que me tienen.

Hoy puedo decir que esa hora del día en que se encienden las primeras luces de esta ciudad que arde, lleva mi nombre y el de Juana. Es la hora de las llegadas. Han acabado las enfermeras y las estudiantes, los sastres y las manicuristas, las comerciantes y los carniceros. El panadero ha limpiado los hornos y la soñadora de sueños solitarios ha guardado las cometas. Las cenas están servidas, y la primera brisa de la noche llena las ventanas de polvo.

La loca

Cuando el barrio fue legalizado, hace ya ciento dos años, en 1914, nadie pudo imaginar las diferentes formas en que se inundarían las calles y las casas. Ni siquiera los Cogollo, que estaban regados por todos lados como arroz en gallinero de patio, sospecharon nunca que el barrio se iría convirtiendo en un montón de puertas cerradas con las calles inundadas de miedo a las balas en las cabezas, o que la voz que se alzaría en las aceras provendría de los talleres que han anegado las tres calles principales, o que todo lo que ganarían las familias en el transcurso de noventa y cinco años de trabajo, quedaría resumido a escombros y barro. Nadie, ni siquiera la luna plateada que los visita cada noche pudo intuir que lo ganado en cemento y estuco se vendría abajo de un tajo, obligando a la gente a revivir la vieja costumbre de la hermandad para componer la vida ajena y la propia.

—Desde el año pasado no ha parado de llover—. Lo decían una y otra vez, como alzando una oración. Las balas habían empezado hace muchos años. Entre peleas de pandillas y sicariato en los talleres, tocaba secar la sangre de las calles. Pero esa lluvia fue escampando solita y la gente se espantó el miedo. Las otras lluvias comenzaron después, en 2010. El 25 de noviembre de ese año el presidente

rogó por ayuda internacional. La gente del barrio ya no veía los periódicos porque cada anuncio era menos potable que el anterior. - La peor lluvia de los últimos cuarenta años-, dijo un noticiero local, y nadie podía creer que el presentador estuviera tan pulcro. Para aplacar la situación se prestaron ciento cincuenta millones de dólares al Banco Mundial y se usaron veinticinco millones de dólares de los narcos. El 7 de diciembre de 2010, el gobierno decretó estado de calamidad en 28 de los 32 departamentos del país.

Bien sabido es que las tragedias de los otros se nos meten en los sueños y por más que hubo gente, casas y calles secas dentro del barrio, los secos, los embarrados y los mojados se juntaron. Sí, las lluvias del 2011 consiguieron juntarlos: gente de La Loma, de la Calle de los Ricos, de La Pavimentada. No hubo una sola persona que no metiera los pies en el barro. Los ríos de gente bajaban y subían para ayudar a los vecinos, así fuera acompañándolos ahí un rato, repitiendo la historia del inicio de las lluvias.

En La Loma, mientras se derrumbaban casas y se inundaban barrios enteros, alguien comprendió que el desarrollo es más que calles de cemento, porque en momentos de catástrofe nacional se necesitaban vecinos con los brazos estirados. Alguien empezó a decir en voz alta lo que había pensado un par de años atrás.

—No podemos vivir nuestras vidas en desconexión, mutilándonos los brazos para que el otro no los vea, de espaldas a nuestra fuente de fuerza. Nuestra acumulación de creatividad nos protegerá del desastre, el profundo conocimiento de nuestros ancestros nos dirá qué hacer, la conexión será el motor de nuestras acciones—.

La gente de La Loma escuchaba a la loca en las mañanas con el primer café y en la noche con la última oración. Nadie la entendía aunque todos la escuchaban porque el ritmo de voz acompañaba las canciones de los pájaros y el ruido de la brisa en los árboles. Pero aunque nadie le entendiera, ella seguía sin descanso el oficio de inquietar corazones.

—Creen que estamos avanzando porque hay conexiones de cemento y tuberías. No podemos continuar nuestras vidas en desconexión. Lo que no se recuerda permanece desconocido y no puede ser utilizado para nuestro bienestar. Vendrán días en que las tuberías no serán suficientes y en que el cemento no nos alimentará el ego. ¡Gente de La Loma, júntate a compartir tus miedos! ¡Júntate a compartir tus esperanzas! —. Tenía los ojos grandes y grises, que contrastaban con su piel negra. Había dejado de preocuparse por su peinado o por su ropa, y hacía ya algunos meses usaba un suéter blanco. Contrario a lo que pueda pensarse, siempre estaba limpia y perfumada, lista antes que

cualquiera para empezar su oficio en la mañana. No era como otras locas de voz aguda y grito en cuello. Su voz era dulce y sonreía, de tal modo que para la gente de La Loma no era necesario mandarla a callar. Para muchos funcionaba incluso como su despertador.

Por alguna extraña razón, la loca siempre tenía palabras nuevas para decir las mismas verdades: –Esta comunidad tiene en secreto lo único que la hará salir del barro y del polvo. En un profundo lugar está nuestro poder: el contacto. Ahondemos en el contacto que es lo que puede hacernos avanzar, juntos-.

La gente de La Loma seguía escuchándola sin entender. Estaban sumergidos en la tarea ardua de mejorar la vida: había que pintar las casas, que enchapar el baño, que poner la cerámica. Pero fue en 2011, cuando en el barrio se repitió la situación de todos los rincones del país, que la gente empezó a entender de qué hablaba la loca. Inundaciones, crecientes, derrumbes. El gobierno declaró una "Emergencia Económica, Social y Ecológica", la "situación de Desastre", el estado de "Mierdero Nacional". El 15 de diciembre el Ministro de Defensa informó que el departamento tenía hasta el momento sesenta mil familias damnificadas y lo catalogó como el departamento "más jodido" por las inundaciones.

La medida del gobierno: albergues temporales en los estadios y coliseos para los vecinos de más arriba, quienes terminaron regresando sin entender muy bien las razones. Las medidas de la loca: vecinos compartiendo las habitaciones y los baños de sus casas, mientras ayudaban a parar de nuevo las viviendas destruidas, ollas comunitarias, bingos, reunioncitas. Cuando el gobierno vino de nuevo con sus medidas, la gente de La Loma estaba junta y organizada para decir al unísono que no: ¿reubicación en albergues? ¡No! ¿Casas de dos habitaciones para familias grandes en barrios lejanos con vecinos desconocidos? ¡No! ¿Subsidio de arriendo para propietarios legales de casas enteras? ¡No! Para el 2012 la gente de La Loma había empezado a entender por qué estaban a la vanguardia. No aceptarían de forma individual ni colectiva los paños de agua tibia que el gobierno brindaba a los pobres. Exigirían medidas justas: la compra a precio justo de las casas, planes de vivienda propia en otro lado de la ciudad, pero con casas como las que tienen ahora, en un lugar como el que tienen ahora. Pero nunca llegaron las medidas. La gente de La Loma lo sigue diciendo, porque la loca nos ha enseñado que lo horrible de la muerte es el silencio, que hablar nos dignifica y que las palabras un día se convertirán en acciones, que la causa del silencio es el miedo al señalamiento porque ocultar el lugar dónde se vive y la gente con la que se vive significa ocultar la realidad de esta ciudad que arde. La gente de abajo insiste en decir que la gente de La Loma se enloqueció, pero para ellos, la tranquilidad es un innegociable, así como la necesidad de permanecer juntos y hablar.

Referencias bibliográficas

- Baczko, B. (1991). *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bajtin, M. (1997). *Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores y otros escritos*. Comentarios de Iris M. Zabala y Augusto Ponzio. Traducción del ruso de Tatiana Bubnova. Barcelona, Anthropos Editorial.
- Barba Solano, C. *Revisión teórica del concepto de cohesión social: hacia una perspectiva normativa para América Latina*. CLACSO.
- Barthes, R. (1987). “La muerte del autor”. En *el susurro del lenguaje*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2017). *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Traducido por María José Viejo. Barcelona: Paidós.
- Cabrales, C. (2000). “Los Barrios Populares en Cartagena de Indias”. En: *Cartagena de Indias en el siglo XX*. Banco de la República y Universidad Jorge Tadeo Lozano, seccional del Caribe. p.181 – 209.
- Cepal-Aecid. *Cohesión Social: inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile.
- Cenac. *Hábitat y Desarrollo Humano*. Cuadernos del PNUD. UN Hábitat. Investigaciones sobre desarrollo humano. Disponible en: http://www.facartes.unal.edu.co/otros/libros_habitat/ciudad_informal.pdf
- Cimaomo, G. (2007). *Más allá de la acción artística: una mirada ética sobre el cuerpo pulsional en el arte contemporáneo*. Disponible en:
http://www.kaleidoscopio.com.ar/fs_files/user_img/Arte/M%C3%A1s%20all%C3%A1%20de%20la%20acci%C3%B3n%20art%C3%ADstica.pdf
- Delfino, A. (2012). *La noción de marginalidad en la teoría social latinoamericana: surgimiento y actualidad*. Universidad Nacional de Rosario. Argentina.
- Doré, E. (2008). “La marginalidad urbana en su contexto”. En *Sociológica*, año 23, número 67. pp. 81-105. Disponible en: <http://www.scielo.org.mx/pdf/soc/v23n67/v23n67a5.pdf> Recuperado el 3 de febrero de 2016.
- Desroche, H. (1976). *Sociología de la esperanza*. Barcelona: Herder.
- Eco, U. (1973). *Lector in fabula*. Barcelona: Editorial Lumen.
- El Universal. 27 de Septiembre de 2011. Consultado el febrero de 2015. <http://m.eluniversal.com.co/cartagena/local/en-cartagena-viven-cinco-mil-familias-en-alto-riesgo-45705>
- Jelin, E. (2001). *Los trabajos de la memoria*. España: Siglo XXI editores.
- Uribe, M. V. (1999). “Desde los márgenes de la cultura”. En: *Museo de Arte Moderno. Arte y violencia en Colombia desde 1948*, Bogotá: Norma.
- Lorde, A. (1948). “La hermana, la extranjera”. Consultado en marzo de 2015. Disponible en: <http://glefas.org/download/biblioteca/feminismo-antirracismo/Audre-Lorde.-La-hermana-la-extranjera.pdf>

- Mancuso, H. (2005). *La palabra viva. Teoría verbal y discursiva* de Michail M. Nun, J. (1999). “El futuro del empleo y la tesis de la masa marginal”. Consultado en febrero de 2016. <http://www.fcpolit.unr.edu.ar/economia3/files/2013/08/Nun-Ios%C3%A9.pdf>
- Olaya, V.; Iasnaia, M. (2012). “Estetización de la Memoria: formación y espacios de lo político”. *Revista Colombiana de Educación*, N° 2. Primer semestre de 2012, Bogotá, Colombia. Páginas 117-138.
- Selbin, E. (2012). *El poder del relato: revolución, rebelión, resistencia*. Buenos Aires: Interzona editora. Alejandro Droznes Tr.
- Uribe, M. V. (1999). “Desde los márgenes de la cultura”. En: *Museo de Arte Moderno. Arte y violencia en Colombia desde 1948*, Bogotá: Norma.
- Vázquez, F. (2001). *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario*. Barcelona: Paidós.

